



OJOS QUE NO VEN, CORAZON QUE NO SIENTE

Actitudes desde la Biblia para acompañar a los pobres

Antonio José Guerra Martínez

Ponencia del IV Encuentro de coordinadores
arciprestales de Cáritas Diocesana de Sevilla,
Betania (San Juan de Aznalfarache), 9 de Mayo de 2009

**OJOS QUE NO VEN,
CORAZÓN QUE NO SIENTE**
Actitudes desde la Biblia
para acompañar a los pobres.

Antonio José Guerra Martínez

Ponencia del IV Encuentro de coordinadores
arciprestales de Cáritas Diocesana de Sevilla,
Betania (San Juan de Aznalfarache), 9 de Mayo de 2009

Equipo del departamento de formación
de Cáritas Diocesana de Sevilla.
Pza. de San Martín de Porres, 7. 41010-SEVILLA.
Teléfono: 954 34 71 84. Fax: 954 34 41 69.
E-mail: formacion@caritas-sevilla.org
Agradecemos a D. Antonio José Guerra,
esta contribución desinteresada
a la formación de nuestra comunidad diocesana.
Mayo de 2009

PRÓLOGO

Sabias sentencias pueblan nuestro refranero español. Normalmente, los refranes expresan una experiencia vivida y transmitida desde tiempo inmemorial. Usados en infinidad de ocasiones, los refranes apostillan nuestros discursos, aunque también pueden servir como inicio de los mismos. “Ojos que no ven, corazón que no siente”. Con este refrán he querido plasmar una actitud de fondo que es inherente a la Iglesia de Jesucristo: ser testigo directo de los gozos y las sombras de la humanidad. Solo caminando al lado de las personas se conoce los anhelos y sufrimientos de una humanidad que busca la luz. Y es que no se puede amar aquello que no se conoce. Por eso, si no se conoce difícilmente se podrá amar de verdad. El trato personal nos ayudará a darnos cuenta de la realidad de las personas, nos descifrárá quién tenemos delante y cuál es su situación real. Sólo conociendo de primera mano nuestro corazón se afectará y reaccionará.

Muchos años lleva Cáritas conociendo de primera mano las angustias de un mundo que sufre. Y como buena Samaritana ha estado al lado del que en mala hora se encuentra. Algunas veces lo ha socorrido con lo más inmediato y necesario; otras veces le ha ayudado a salir definitivamente de su penosa situación; también ha sido Cáritas un profeta en muchas ocasiones, denunciando injusticias. ¿De dónde arranca este deseo de acompañar personalmente a los pobres? ¿Por qué comprometerse tan a fondo con los que nadie quiere?

En febrero de 2008 se me confió la preparación de una charla que tratara las actitudes que desde la Biblia se pueden proponer para acompañar a los pobres. En su día, con pesar mío debido a tareas pendientes, tuve que rechazar la oferta de Nicolás, aunque le dejé la puerta abierta para cuando estuviese liberado. Puntualmente llamó de nuevo a mi puerta, creo que en Noviembre pasado, y como ya estaba liberado de las tareas encomendadas acepté gustoso la preparación de esta charla.

Tarea ingente supone extraer de la Biblia actitudes para mirar, acercarnos, acoger y acompañar a los pobres, sobre todo si tenemos en cuenta que son más de setenta los libros que componen nuestra Biblioteca Sagrada. Por tanto, me he visto obligado a limitar el campo de estudio. Metodológicamente hablando, he analizado todas las veces que la palabra “pobre” aparece en la Biblia de Jerusalén (3ª ed.), tanto en singular como en plural. De entre todas las recurrencias (más de 200) he seleccionado aquellas que hacen referencia a las actitudes debidas a los que no tienen lo necesario para vivir. Presentaré el resultado del estudio de la siguiente manera: primero os mostraré un rápido sobrevuelo de los textos seleccionados con el fin de encontrar un denominador común en todos ellos; luego propondré una reflexión que responde a la pregunta ¿por qué la Biblia invita a cuidar a los pobres?; y por último os sugeriré líneas de acción en orden a tener un trato más evangélico con los pobres.

I. LA BIBLIA RECOMIENDA ATENDER A LOS POBRES

I.1 Pentateuco: Iniciativa divina que se convierte en Ley

El libro del Éxodo nos informa del deseo divino de calmar las angustias de los hombres. En el capítulo 3 leemos el episodio de la zarza ardiendo, donde se revela Dios a Moisés. En la montaña sagrada, Dios explica al profeta la razón de su aparición gloriosa: *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel”* (Ex 3,7-8). Dios en persona se presenta a Moisés movido por los gritos de desesperación de su pueblo y le comunica que será Él mismo el que los libere de la aflicción que los castiga. Este texto fundacional del pueblo de Israel nos da una primera pista: Dios da el primer paso en la atención personalizada de los que sufren, Él será el que se haga cargo de ellos. Es interesante notar cómo Dios será el que guíe a su pueblo, por medio de Moisés, a la salvación; saca a su pueblo de la opresión de Egipto, los guía durante cuarenta años por el desierto y, finalmente, los introduce en la tierra prometida. La estancia del desierto es narrada por los libros del Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. El desierto supone para Israel su consolidación como pueblo que camina con el Señor. Dios hace un pacto con su pueblo y le entrega unas normas de convivencia, una Ley. Dios informa a su pueblo que cumpliendo dicha Ley todo le irá bien y tendrá prosperidad. Llama la atención que estos cuatro libros recogen el eco de la atención personalizada de Dios a los afligidos; se podría decir que el acto divino se convierte en Ley. Veamos algunos textos:

- Sobre leyes sociales: *“Si prestas dinero a alguien de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usureiro; no le exigirás intereses”* (Ex 22,24).

- En los procesos judiciales se pide sobre todo imparcialidad. Todos deben ser tratados con equidad, también los pobres tendrán que hacerse cargo de sus pleitos y no serán favorecidos por el mero hecho de ser necesitados (cf. Ex 23,1-3; Lv 19,15).

- En los impuestos se prevé una aportación menor para el que está necesitado. El israelita que iba a dar culto a Dios en el Templo tenía que dar un tributo. A este efecto se establece una cantidad mínima para que también los pobres puedan participar (cf. Ex 30,15). El que se curaba de la lepra tenía que hacer un rito de purificación que conllevaba una ofrenda al Templo; en el caso de ser pobre la ley estipulaba una ofrenda menor (cf. Lv 14,21-22). Otro caso es el relativo al ritual de consagración al Templo de las personas. El israelita debía abonar un dinero como ofrenda; sin embargo, si éste era pobre su aportación se calculaba en proporción a sus recursos (cf. Lv 27,8).

- En el trabajo se contemplaba también una participación para los pobres: *“Cuando cosechéis la mies de vuestra tierra, no siegues hasta el mismo orillo de tu campo, ni espigues los restos de tu mies. No harás rebusco de tu viña, ni recogerás de tu huerto los frutos caídos; los dejarás para el pobre y el forastero”* (Lv 19,9-10; cf. Lv 23,22). Este texto es interesante, ya que de una manera muy humana se le devuelve dignidad al que no la tiene: el pobre no tiene que pedir, sino que come de su trabajo.

- La ley sabática. Esta ley nace para recrear el descanso que Dios realizó al finalizar la creación. Todo israelita, hasta los esclavos, estaba obligado a respetar el descanso una vez a la semana para así imitar el proceder de Dios. Era un día dedicado a la oración y la alabanza de Dios. Esta ley contemplaba también un año sabático cada siete años. En ese año se

perdonarían las culpas cometidas, se condonarían las deudas, etc. En ese año se debía dejar la tierra en barbecho para que comieran de ella los pobres (cf. Ex 23, 11). A propósito de esta ley sabática existía la obligación de atender a los pobres, ya que de lo contrario “él clamaría a Yahvé contra ti y tú te cargarías con un pecado” (Dt 15,9). Si se asistía al pobre se recibía la bendición divina: “Se lo has de dar, y no se entristecerá tu corazón por ello, que por esta acción te bendecirá Yahvé, tu Dios, en todas tus obras y en todas tus empresas” (Dt 15,10). Este último texto introduce algo nuevo al discurso: Dios ve con buenos ojos que nos ocupemos de los pobres, nos bendecirá por ello.

Resumiendo el mensaje de los primeros libros de la Biblia resaltamos la iniciativa divina en el cuidado de los pobres y cómo esta iniciativa se convierte en Ley para un pueblo que quiere vivir bajo las pautas de un Dios salvador.

1.2 Los Salmos: Dios escucha a los pobres y protege a los que cuidan de ellos

Los Salmos son por excelencia la oración del pueblo hebreo. Allí encontramos una idea que se repite constantemente: Dios escucha a los pobres y atiende su causa (cf. Sal 9,19; 34,7; 40,18; 69,34; 113,7; 140,13). Hasta aquí, los Salmos continúan el mensaje del Pentateuco; no obstante, se aprecia un progreso, según leemos en el Sal 41,2: “¡Dichoso el que cuida del débil y el pobre! El día de la desgracia Yahvé lo liberará”. Aquél que ejerza de padre hacia los pobres, no sólo recibirá la bendición divina, sino que también recibirá la protección del Señor. Aparece también la figura de un rey-Mesías en el Sal 72 que hará las veces de Dios, pues escucha al pobre que clama y lo salva de sus angustias.

1.3 Proverbios: Dios se identifica con los pobres

La referencia a los pobres es muy frecuente en el refranero judío. Una constante se aprecia en ellos: lo que hicieras a un pobre es como si se lo hicieras a Dios. Valga como ejemplo esta perla: “Quien oprime al pobre ultraja a su Creador; quien se apiada del indigente le da gloria” (Pro 14,31). Tanto se identifica Dios con los pobres que bendice a los que los cuidan y maldice a los que los desatienden (cf. Pro 28,27). Así, por ejemplo, escuchar a los pobres es garantía de que Dios te escuchará en la desgracia (cf. Pro 21,13). Dios no sólo defiende la causa de los pobres, sino que eliminará a sus opresores (cf. Pro 22,23).

1.4 Los profetas: Dios cuida de los pobres y nombra abogados que defiendan su causa

El mundo profético supone un salto cualitativo en la acción divina. Dios que ha tomado la iniciativa en el Éxodo para salvar a su pueblo que gime, nombra ahora a legados y embajadores suyos para que guíen y conforten a su pueblo. En este sentido, Moisés representa el primer profeta: hablaba con Dios cara a cara, fue nombrado por Dios guía para sacar a su pueblo de las garras del Faraón y conducirlo a la tierra prometida; el mismo Moisés es el que recibe de Dios las tablas de la Ley, tablas que él mismo entrega a su pueblo.

Los profetas surgen cuando los dirigentes de Israel abusan del pueblo. El profeta se siente llamado por Dios para ser mensajero de un doble anuncio: 1. consolación, ya que Dios se ha compadecido de su pueblo; y 2. amenaza para el dirigente que abusa de su grey. El pueblo encontraba consolación en las palabras del profeta que anunciaba el sentir de Dios: “Los humildes y los pobres buscan agua, pero no hay nada. La lengua se les secó de sed. Yo, Yahvé, les responderé. Yo, Dios de Israel, no los desampararé” (Is 41,17), “¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! Prorrumpen los montes en gritos de alegría, pues Yahvé ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido” (Is 49,13). Dios elige a su embajador que portará la consolación: “El espíritu del Señor Yahvé está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahvé. A anunciar la buena nueva a los pobres me

ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahvé, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran” (Is 61,1-2). También los profetas anuncian desgracias hacia aquellos que maltratan al pueblo de Dios. Las palabras de Amós ilustran a la perfección esta amenaza profética: “Escuchad esto los que pisoteáis al pobre y queréis suprimir a los humildes de la tierra, diciendo: “¿Cuándo pasará el novilunio para poder vender el grano, y el sábado para dar salida al trigo, para achicar la medida y aumentar el peso, falsificando balanzas de fraude, para comprar por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias, para vender hasta el salvado del grano?” Ha jurado Yahvé por el orgullo de Jacob: ¡Jamás he de olvidar todas sus obras! ¿No se estremecerá por ello la tierra, y hará duelo todo el que en ella habita, subirá toda entera como el Nilo, se encrespará y bajará como el Nilo de Egipto? Sucederá aquel día - oráculo del Señor Yahvé - que yo haré ponerse el sol a mediodía, y en plena luz del día cubriré la tierra de tinieblas” (Am 8,4-9). El profeta amenaza al que se aprovecha de la desgracia del pobre; le dice que Dios tendrá cuenta de todo y hará justicia (cf. Ez 22,29-31). Dios quiere que el malvado se convierta y no que desaparezca, así le orienta hacia el verdadero culto que es cuidar al que es carne de tu carne: “¿No será éste el ayuno que yo elija?: deshacer los nudos de la maldad, soltar las coyundas del yugo, dejar libres a los maltratados, y arrancar todo yugo. ¿No será partir al hambreiento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras, y de tu semejante no te apartes? Entonces brotará tu luz como la aurora, y tu herida se curará rápidamente. Te precederá tu justicia, la gloria de Yahvé te seguirá. Entonces clamarás, y Yahvé te responderá, pedirás socorro, y dirá: Aquí estoy” (Is 58,6-9). Dios está seguro que todo lo que creó lo hizo bien, convencido de la bondad de la creación siembra de esperanza el futuro de los hombres. El profeta Sofonías anuncia una alegría contenida, ya que Dios sembrará una levadura en la tierra que la hará fermentar toda ella: “Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, se cobijará al amparo de Yahvé el Resto de Israel. Ya no cometerán injusticias ni dirán

mentiras, ya no ocultará su boca una lengua embustera. Se apacientarán y reposarán, sin que nadie los turbe. ¡Grita alborozada, Sión, lanza clamores, Israel, celébralo alegre de todo corazón, ciudad de Jerusalén! Que Yahvé ha anulado tu sentencia, ha alejado a tu enemigo. ¡Yahvé, Rey de Israel, está en medio de ti, ya no temerás mal alguno!” (Sof 3,12-15).

1.5 Ben Sira, el sabio de Jerusalén: “por la mejilla de Dios corren las lágrimas de los pobres”

Palabras sabias han salido de este maestro de Jerusalén. Con maestría enseñó a sus discípulos para adquirir la verdadera sabiduría. Entre sus enseñanzas, que podemos leerlas en el libro conocido como el Eclesiástico, o el Sirácida, encontramos la invitación a cuidar de los pobres. Este texto del capítulo 4º es paradigmático: “Hijo, no prives al pobre del sustento, ni des largas a los que te piden con ojos suplicantes. No hagas sufrir al hambriento, ni exasperes al que vive en la miseria. No te ensañes con el corazón desesperado, ni retrases la ayuda al mendigo. No rechaces la súplica del atribulado, ni vuelvas la espalda al pobre. No apartes la mirada del necesitado, ni le des ocasión de maldecirte. Porque si te maldice lleno de amargura, su Creador escuchará su imprecación. Hazte amar por la asamblea, y sé respetuoso con la autoridad. Escucha al pobre con atención, responde a su saludo amablemente. Libra al oprimido del opresor, y no tengas miedo de hacer justicia. Sé como un padre para los huérfanos, y como un marido para su madre. Así serás como un hijo del Altísimo, y él te amará más que tu madre” (Sir 4,1-10). Invita Ben Sira a cuidar de los pobres con la misma pasión que un padre cuida a su hijo; Dios ve con agrado a aquellos que ejercen de padres de los pobres y no dudará en ejercer él mismo de padre cuando aquellos se encuentren en necesidad.

El sabio de Jerusalén recoge el sentir de la Biblia respecto a la atención de los pobres. Así aparecen las ideas que Dios escucha las súplicas del afligido y que Él mismo será el juez que imparta justicia a un mundo injusto. En un contexto de opresión para su pueblo, Ben Sira escribe con pasión palabras de consuelo y espe-

ranza para los gemidos de su pueblo: *“Porque el Señor es juez, y para él el prestigio de las personas no cuenta. No hace acepción de personas en perjuicio del pobre, y escucha la oración del oprimido. No desdeña la súplica del huérfano, ni el lamento de la viuda. ¿No corren por su mejilla las lágrimas de la viuda y su clamor contra el que las provocó? Quien sirve de buena gana, es bien aceptado, y su plegaria sube hasta las nubes. La oración del humilde atraviesa las nubes, hasta que no llega a su término, él no se consuela. No desiste hasta que el Altísimo le atiende, juzga a los justos y les hace justicia. El Señor no tardará, ni tendrá paciencia con los impíos, hasta quebrantar los lomos de los despiadados, y tomar venganza de las naciones, hasta exterminar a los soberbios, y quebrar el cetro de los injustos, hasta pagar a cada cual según sus acciones, las obras de los hombres según sus intenciones, hasta hacer justicia a su pueblo, y alegrarles con su misericordia”* (Sir 35,12-23). Es interesante la actitud del sabio. El hace tuyas las angustias del pueblo y quiere comunicar al angustiado una palabra de aliento. El habla desde su experiencia: él en el momento de la desgracia invocó al Señor, y éste le atendió y lo salvó, como bien refleja al final de su libro (cf. Sir 51,1-12). El sintió que Dios era verdaderamente su padre, por eso anuncia al pueblo maltratado que sus lágrimas no caerán en sacos rotos, sino que corren éstas por las mejillas de Dios que no dudará ni por un momento en hacer justicia. El sabio ayuda a mantenerse firme en la prueba, a no decaer, para ello propone la oración como un arma eficaz para estar bien armados ante la angustia.

2. ¿Por qué la Biblia insiste en el cuidado de los pobres?

Hemos visto, hasta ahora, cómo Dios es el que da inicio al cuidado esmerado de los pobres; Él mismo viendo la aflicción de su pueblo baja para salvar a la obra preciosa de su creación. Esta acción divina se convierte en Ley que regula el trato humano hacia los más desfavorecidos, ya que el hombre religioso atisba que Dios se pone contento cuando el hombre es capaz de atender a los necesitados, cuando no desoye al que es carne de su carne,

cuando es capaz de hacer tuyas las lágrimas de los que lloran sin consuelo.

Llegados a este punto, podríamos preguntarnos por qué la Biblia insiste tanto en la obligación de cuidar a los pobres. El primer libro de la Biblia, el Génesis, presenta al hombre y a la mujer como la obra cumbre de la creación, la imagen y la semejanza de Dios. Entiende la Biblia que los hombres son portadores de una imagen de Dios que debe ser cuidada y respetada. En cierto sentido, Dios se va identificando cada vez más con la joya de su creación y quiere, por así decirlo, que los hombres no pierdan de vista donde habita Dios también. Por eso, se comprende esta insistencia en cuidar a los pobres, porque en ellos reside Dios y no atenderlos significaría no atender a Dios mismo. Un texto del profeta Isaías corrobora esta afirmación: *“Que así dice el Excelso y Sublime, el que mora por siempre y cuyo nombre es Santo. “En lo excelso y sagrado yo moro, y estoy también con el humillado y abatido de espíritu, para avivar el espíritu de los abatidos, para avivar el ánimo de los humillados”* (Is 57,15). Dios coloca su morada en lo sagrado y en el humillado, para que este último recupere el ánimo perdido. Los textos que hasta ahora hemos presentado tienen como denominador común la escucha por parte de Dios del grito del pobre; en el fondo Dios se está identificando con los afligidos, parece como si sintiese en sus entrañas el dolor de su pueblo. El texto más paradigmático es el de Ben Sira: *“las lágrimas de los pobres corren por la mejilla de Dios”*.

Este proceso de identificación con el pobre llega a su máximo grado con Jesucristo. Dios había dado el primer paso al dar comienzo esta ola de generosidad con los pobres, no obstante, no se conocía el rostro de este Dios. Sólo se conocía a profetas, sabios y gente piadosa que habían hablado acerca de lo que le agradaba a Dios, pero faltaba una cara personal, quién era ese Dios bueno.

Cuando llegó el momento culminante, Dios envió a su Hijo para comunicar al mundo entero cuál era el rostro del Dios que cuida de los pobres (cf. Gal 4,4). Y la palabra de Dios se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros (cf. Jn 1,14). Tanto amó Dios a los

hombres que quiso tomar nuestra carne para saborear nuestra existencia. Este proceder divino está transido de delicadeza y finura, que bien le vale el calificativo de divino. La acción salvadora de Dios tiene una rúbrica definitiva con la Encarnación del Hijo de Dios en un pobre niño depositado en un pesebre, puesto que no tenía sitio en la posada. Nace en los extrarradios de la ciudad como un marginado. El nacimiento de Jesús habla de cómo Dios no se desentiende de los pobres. Dios quiere nacer como un pobre y con esto nos avisa dónde tendrá su sede preferente. Nos informa de algo que atisbaba el hombre y que ahora se confirma: Dios se identifica con los pobres hasta el punto de hacerse uno de ellos.

Nada es casual y menos lo referente a las cosas de Dios. Si Dios ha tenido a bien manifestarse con el rostro débil de un niño en un pesebre, es porque ha querido que miremos a la periferia de nuestras ciudades, a los marginados, a los más desfavorecidos para encontrar allí a Dios, nuestro tesoro. Nos invita Dios a que miremos de otra manera porque, si no, seremos incapaces de vislumbrar la estrella que guía al pesebre de Belén y, como consecuencia, el niño se quedará solo esperando a que alguien se percate de su presencia. Jesús, que sabe cómo somos, nos marca el camino para educar nuestra mirada y lo hace con una parábola que ilustra cómo hacerse cercano de los más pobres: *"Se levantó un doctor de la ley y dijo a Jesús, para ponerle a prueba: "Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?" Él le dijo: "¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?" Respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo." Díjole entonces: "Bien has respondido. Haz eso y vivirás." Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: "Y ¿quién es mi prójimo?" Jesús respondió: "Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y darle una paliza, se fueron, dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión. Acercándose, vendó sus heridas, echando en*

ellas aceite y vino; y le montó luego sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al posadero, diciendo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva." ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?" El dijo: "El que practicó la misericordia con él." Díjole Jesús: "Vete y haz tú lo mismo."" (Lc 10,25-37). El doctor de la ley quiere saber cómo alcanzar la vida eterna y Jesús le responde que lo conseguirá amando a Dios y al prójimo. Este doctor poniendo a prueba al Maestro le pide que dónde está ese prójimo, que quién es para que le pueda ayudar. Jesús le responde con una parábola que no indica dónde está o quién es ese prójimo, sino que le hace reflexionar sobre cómo situarse delante de un necesitado.

Los tres personajes de la parábola ven lo mismo; los tres han visto al hombre malherido, pero sólo uno lo asiste. Aquí tendríamos que corregir el título de la ponencia y decir "ojos que ven, corazón que no siente", ya que hay dos personajes que ven, pero que su corazón no siente. Ocurre que a veces que nuestros ojos no cumplen su función y no transmiten la información al corazón. Por tanto, hay que educar la mirada para que lo que vean los ojos pase inmediatamente al corazón. Jesús nos propone la compasión como el remedio más eficaz para curar la esclerosis que castiga a nuestros ojos y nuestros corazones. Al final, el doctor de la ley comprende y responde "el que practicó la misericordia con él es el que fue su prójimo". No se trata de dónde está o quién es ese prójimo, sino de si tú eres prójimo para el necesitado, o mejor dicho, si de verdad tu corazón está próximo de aquél que está en angustia.

¿Cómo se puede estar próximo del que sufre? Jesús nos responde que teniendo compasión, pues significa "padecer con". El padecer con el otro es el único modo de reaccionar, de hacernos cercanos del que gime, de otra manera no actuaríamos nunca, puesto que al no ser de nuestra carne no nos duele. Jesús es el maestro de la compasión: nace como un pobre para padecer con los pobres. El siente compasión de las multitudes que están como

ovejas sin pastor. El les da de comer, el cura a los enfermos, el da esperanza al que no la tiene resucitando a los muertos. El, en definitiva, muere como un malhechor sin serlo, para hacerse el último de los últimos. Incluso en la cruz nos da lecciones de cómo tener una mirada educada en el amor “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34). Está tan convencido de nuestra bondad que disculpa sin límites nuestra inconsciencia dándonos una nueva oportunidad para hacer bien las cosas.

Un texto del evangelio de Mateo nos puede servir para ilustrar hasta qué punto Dios se identifica con los pobres. Se trata del capítulo 25, el juicio de las naciones: “tuve hambre y me disteis de comer, ya que cuando lo hicisteis con uno de estos hermanos míos, conmigo lo hicisteis” (cf. Mt 25,35-40). Este texto nos informa que todo lo que hagamos con los necesitados se lo hacemos a Jesús, o lo que es lo mismo a Dios. Además, este texto se convierte en Ley y examen para el cristiano, que contempla como su buen Dios ya le ha “soplado” las preguntas que le hará en el día final. Por tanto, si en la Biblia se insiste en que hay que cuidar a los pobres es porque en dicha acción nos jugamos nuestra salvación. Se podría decir que nuestra relación con Dios será verdadera cuando pase el examen del cuidado de los pobres: “Si alguno dice: “Yo amo a Dios”, y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y nosotros hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano.” (1Jn 4,20-21).

3. “Haz el bien y no mire a quién”

Para finalizar os propondré unas líneas de acción en orden a conseguir un trato más evangélico con los pobres.

3.1 Encuentro personal con Jesús

Como cristianos que somos no podemos olvidar cuál es el fundamento de nuestras vidas. El compromiso con los pobres tiene que nacer de un encuentro personal con Jesús, ya que dicho en-

cuentro provoca siempre la generosidad, si no que se lo digan a Zaqueo. Aquí estaría el fundamento de nuestro compromiso. Hemos estado con el Señor, le hemos escuchado, hemos compartido nuestra vida con él y se nos ha pegado sus buenas cosas. Y así diremos con Zaqueo: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más. Jesús le dijo: Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abrahán” (Lc 19,8-9). El salario por nuestro trabajo será estar con el Señor que es nuestro verdadero tesoro.

3.2 Cambio en la mirada

No se trata tanto de mirar con más atención, sino de cambiar el modo en el que miramos. Fruto de estar con el Señor, la generosidad irá adueñándose de nosotros y la compasión no será una palabra más, sino la expresión de nuestras vidas. Jesús nos propone la compasión como remedio para los ojos y los corazones esclerotizados. Y no le falta razón, ya que el único modo de que reaccionemos es que sintamos en nuestra carne el dolor de nuestros hermanos. Para ello no vale sólo el ver, sino también el acompañar al que sufre. El samaritano ve la misma persona herida que vieron el sacerdote y el levita, pero fue el único que llegó junto él, que estuvo lo suficientemente cerca como para reaccionar. Aquí retomamos el título de la ponencia “ojos que no ven, corazón que no siente”. Hace falta que acerquemos nuestros ojos a tantas vidas que sufren, que caminemos a su lado. Con este ejercicio sanará nuestro corazón de piedra.

3.3 Cultura del dar

El que ha encontrado un tesoro ya no busca más. El que ha estado con el Señor va experimentado como la generosidad se abre paso en su obrar. El ha visto al Señor que es generoso sin medida, hasta el punto de no reservarse ni su propia vida, que es lo máspreciado. El ha contemplado como esta acción del Señor llenaba de felicidad al mismo Jesús y a todo el que estaba en su radio de

acción. El mejor legado que ha dejado Jesús a los discípulos es esta cultura del dar, el ser generoso sin esperar nada a cambio. El dar sin esperar la recompensa: ofrecer perdón sin esperar el arrepentimiento (*“Padre perdónales porque no saben lo que hacen”*), ser generoso aunque recibamos egoísmos. Esta cultura del dar es la única que puede fermentar la realidad con la esperanza de que un nuevo mundo es posible.

3.4 Pobres al encuentro de los pobres

“Dichosos los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mt 5,3). Jesús nos ha marcado cuál es el camino para tener la verdadera relación con Dios: elegir la pobreza. El nació como un pobre más para hacernos ricos: *“Conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza”* (2Cor 8,9). Jesús tomando la figura de los esclavos, lavó los pies a sus discípulos. El les explica por qué lo ha hecho: *“Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros”* (Jn 13,13-15). Nos invita Jesús a que nos hagamos pobres para ir al encuentro de los pobres. Quiere que seamos los servidores de nuestros hermanos.

Está convencido Jesús que sólo el pobre puede estar en sintonía con el Creador. El pobre, al no tener nada, no le queda otra que poner toda su confianza en Dios. *“Vio también a una viuda pobre, que echaba allí dos moneditas, y dijo: "De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que nadie. Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobra, ésta en cambio ha echado de lo que necesita, de todo lo que tiene para vivir.”* Cristo con su vida nos ha dado ejemplo de confianza total en Dios, poniendo su vida en las manos del Padre, no reteniendo nada para él. El seguidor de Cristo, al configurarse con su maestro, tampoco retiene nada para sí. De este modo, el cristiano será un pobre, ya que no tiene nada suyo, porque todo es para los demás: su tiempo es para los de-

más, su sabiduría es para los demás, su vida es para los demás. Que Dios nos guarde en esta buena obra.

Por último y parafrestando al pobrecillo de Asís decimos a Dios:

Señor, hazme un instrumento de tu paz;
donde haya odio, ponga amor;
donde hay ofensa, perdón;
donde hay duda, fe;
donde hay desesperanza, esperanza;
donde hay tinieblas, luz;
donde hay tristeza, alegría.

Oh Divino Maestro,
que no busque yo tanto.
Ser consolado como consolar.
Ser comprendido como comprender.
Ser amado como amar.
porque dando se recibe.
Perdonando se es perdonado.
Y muriendo a si mismo
se nace a la vida eterna.
Amén